

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

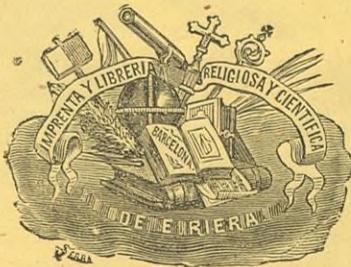
Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador núm. 24 y 26.

1876.

Cuaderno 16.

Verdad es que los antecedentes de Neron y sus posteriores hechos no eran los mas á propósito para desvanecer el convencimiento popular.

Por sus antecedentes, Neron se presentaba sin disputa al pensamiento del pueblo como parricida, adúltero, incestuoso, asesino de su hermano, envenenador de Burrhus, oprobio de las personas honradas, bufon sobre la moral y sobre las leyes. Recordábanse varias frases suyas emitidas con despecho contra lo mas sagrado y respetable; sabíase el lujo de cinismo que le



MUERTE DE SANTIAGO.

era característico; nadie ignoraba que su despotismo no toleraba freno. Cuando un pueblo entero cree en la posibilidad de que un hombre sea capaz de cometer tamaño crimen, el presunto criminal está deshonrado sin apelacion.

Y si sus antecedentes le acusaban, ó á lo menos le hacian acreedor á ser sentado en el banquillo de los acusados, los hechos posteriores agravaron los motivos de las fatales sospechas.

Apenas terminadas las ceremonias expiatorias á los dioses decretadas por el que habia tomado el rayo de los cielos para incendiar la tierra, Neron se dedicó con visible satisfaccion á

realizar el bello ideal de la reconstitucion de la ciudad. Sobre las cenizas mal apagadas de dos distritos enteros empezóse á erigir el soberbio *palacio de oro*, que Suetonio describe como reuniendo los increíbles halagos de los cuentos orientales. Rodeado de estensísimos jardines, estanques, cascadas y bosques, erigióse en el vestíbulo del alcázar una estatua de Neron de treinta y nueve metros de talla. Mil pasos de largo media la fachada adornada con una triple línea de columnas de mármol. El oro y las piedras preciosas lucian profusamente en los techos y paredes. El gran salon de los festines giraba de continuo sobre un eje para imitar la rotacion del orbe terráqueo. Una lluvia de esencias delicadas rociaba los convidados en las grandes recepciones. Un mar artificial, poblado de enormes peces, construyóse en el parque, en cuyos bosques pasturaban animales exquisitos traídos de todos los países. Dícese que al instalarse en aquella vivienda opulentísima exclamó Neron: «¡Ah, por fin estaré alojado como á hombre!»

El pueblo recibió con manifestaciones de disgusto aquella especie de deificacion de un mortal; y no siendo posible formular públicamente las quejas que estaban en el ánimo de todos, aparecieron en son de protestas epigramas picantes concebidos y escritos por autores desconocidos, pero que eran verdadera expresion del sentimiento general, como este:

*Roma domus fiet; veios migrate, Quirites,
Si non et veios occupat ista domus.*

La reprobacion pública era cada dia mas pronunciada. Neron veíase apremiado por el sordo murmullo de las muchedumbres, que le prodigaban significativos desdenes y á todas luces profundo descontento. Rodeándose de gloria en el teatro mismo de las desgracias, escribía con la esplendidez de su corona el proceso de su criminalidad.

Neron buscó nuevas víctimas para velar la enormidad del sacrificio de las primeras. Recurrió al crimen para explicar el crimen. Á tan profundo abismo quizá no habia descendido aun la humanidad.

XXIV.

Acusaciones y persecucion de los cristianos por Neron.—Sus pretextos.—Sus causas.

La Providencia divina resolvió glorificar á su Iglesia, acrisolándola por medio de sangrienta prueba. Dura fue la tormenta; pero la mano que la desencadenó era la mas á propósito para ensalzar á los ojos de Dios y de los hombres á los que ella abatía. Háse atribuido á Neron esta frase: «Quisiera que el género humano no fuese sino un hombre para decapitarle de un golpe.» Título suficiente contiene esta frase para acreditar á Neron de verdugo universal *in voto*.

Al echar siniestra mirada á su alrededor para encontrar víctimas sobre quienes cargar la responsabilidad de los crímenes perpetrados, dió con una sociedad de hombres cuyas virtudes cívicas y religiosas les habian creado una posicion escepcional en la capital de los vicios y de las supersticiones.

Reconozcamos que los cristianos eran blanco de la oposicion y del desprecio de los romanos, ¿por qué causa?

Ante todo, los judíos, que podian considerarse como sus originarios, lograron difundir conceptos sumamente desfavorables á sus principios, conducta y tendencias. La insistencia en acusarles de enemigos de la tranquilidad pública desvirtuaba la elocuencia de anteriores sentencias absolutorias. Recordábase que Jerusalem habia pasado dias críticos y presenciado escenas lamentables debidas á la tenacidad y osadía de los que se gloriaban de ser discípulos

de un *ajusticiado*; recordábase que el antiguo orden religioso de su mismo país habia recibido quebranto profundo por parte de unos ilusos que anonadaban las tradiciones mas venerandas; presentábaseles como hombres díscolos é intransigentes, enfáticos y misteriosos, formando una conspiracion constante y peligrosa.

Por otra parte, los cristianos, consecuentes con las máximas de humildad y de desprecio de las pompas mundanas, vivian retirados del gran mundo, alejados todo lo posible del movimiento social y político, reducidos á sus negocios particulares y á su sencillo culto, mirando con cierta compasion á cuantos eran objeto de la envidia y de la admiracion aristocrática y popular. Despreciaban aquello á que otros aspiraban; desdeñaban lo que la generalidad aplaudia; estaban en el mundo sin vivir en el mundo. Para ellos era el mundo el viaje, no la patria.

Estas consideraciones servian de foco al desprestigio de los cristianos en la sociedad romana.

Neron necesitaba descargar un golpe sobre un núcleo impopular.

La víctima, pues, la víctima colectiva estaba naturalmente designada.

Hé ahí como Tácito explica el procedimiento de Neron; y nótese antes que al autor de la página que va á leerse le era absolutamente antipático el Cristianismo; pagano de espíritu, usa el lenguaje entonces admitido por la opinion contra los cristianos.

«Para imponer silencio, dice, al descontento público, Neron supuso culpables y entregó á los mas refinados suplicios á aquellos hombres detestables por sus desafueros que el pueblo llamaba cristianos. Este nombre les viene de CRISTO, quien fue ejecutado bajo Tiberio por orden de Poncio Pilatos, procurador de la Judea. Esta secta detestable, reprimida por de pronto, se propagó de nuevo, no solamente en la Judea, donde habia tenido origen, sino en la misma Roma, donde todo cuanto existe de criminal por las cuatro partes del mundo confluye y encuentra crédito. Echóse mano desde luego á todos aquellos que confesaron, y en virtud de su deposicion hubo muchos convictos, si no de haber incendiado á Roma, á los menos de profesar cierto odio al género humano. Dióse á su suplicio la forma de un juego cruel. Cubrióseles de pieles de bestias para hacerles devorar por perros, que los destrozaron; se les ató á las cruces, encendiéndolas como antorchas para que alumbraran al caer de la tarde los jardines. Neron ofreció sus jardines para este espectáculo. Al mismo tiempo daba juegos en el circo, mezclándose con el pueblo vestido de cochero, y guiando un carro. Si bien los cristianos fuesen culpables y dignos de los últimos suplicios, elevóse en todos los corazones un sentimiento de piedad á favor de ellos, porque aparecian sacrificados, no por utilidad pública, sino por la crueldad de un hombre (1).»

Los hechos que Tácito relató eran, puede decirse, recientes en la fecha en que los historió, usaba el lenguaje de su tiempo al atribuir infames crímenes (*ob flagitia invisos*) á los cristianos. Cuales fueron los infames crímenes, lo calle Tácito, como guardó sobre ellos silencio cómodo Plinio el jóven. Un solo crimen se cita, y es el odio que profesaban al género humano. En verdad, que las escenas que ofrecia el género humano, gobernado por Neron, no eran muy á propósito para escitar el aprecio y el entusiasmo.

La religion pagana consistia generalmente en alegres fiestas; era el culto de la naturaleza y la adoracion de la vida. La religion cristiana parecia ser la religion de la tristeza y del duelo; la meditacion de la muerte. Nada parecia tan antisocial y antihumano, desde afuera considerado, como el culto grave, severo, proscribiendo todo placer y todo deleite (2), predicando á los hombres la humildad, el desnudamiento de sí mismos, la vanidad de las cosas y la nada de la vida terrenal (3).

En efecto, semejantes doctrinas y la conducta á ellas correspondiente podian tomarse

(1) Tacito, *Ann.*, lib. XV.

(2) Excesivo.

(3) Mr. Aubé.

como un odio al género humano, ó á lo menos como un desprecio supremo á la vida, á la corrupecion romana; y á los ojos de una moral rastrera, como la del paganismo, este sentimiento de austeridad y de abstencion podia ser calificado hasta de crimen.

No, no se encuentra otro crimen atribuible á aquella sociedad de cristianos, como no sea este; como quiera que, aquello de que los cristianos eran ajusticiados á medida que confesaban, no debe entenderse de la confesion del crimen del incendio de Roma, sino de la confesion de pertenecer al Cristianismo, que por lo visto era por sí solo crimen horrendo.

De todos modos los cristianos fueron elegidos para purgar las obscenidades y los despotismos del imperio. Neron expidió un edicto concebido en los siguientes términos:

«Romanos, vuestro dolor es tan profundo como legítima vuestra cólera. El desastre que acaba de destruir las tres cuartas partes de Roma y sumir en el duelo tantas familias no es efecto del acaso ni de una simple imprudencia. Manos enemigas lo han encendido, atizado y propagado, ¿qué manos son estas? No era fácil tarea el descubrir los autores de tan grande crimen, perpetrado á favor de las tinieblas de la noche y luego consumado por medio del tumulto. Yo lo he conseguido sin embargo, con el auxilio de los dioses protectores del pueblo romano, y se hará justicia, pero justicia ejemplar y terrible, que apaciguará los manes irritados de vuestros parientes y amigos. Los culpables son estos viles sectarios del Judío crucificado, que ellos llaman CRISTO. Vosotros ya los conoceis y los detestais. Llenos de odio salvaje contra Roma, adversarios tenebrosos de los dioses y de los hombres, aspiran nada menos que á destruir vuestros templos y vuestra ciudad para establecer sobre los escombros de vuestro culto y de vuestra patria la dominacion de su secta impura y sacrilega.

«Ellos pertenecen en su mayoría á la nacion judáica, en la cual son tradicionales el odio y el desprecio al género humano; nacion diseminada para sembrar gérmenes de disolucion por todo el mundo. Mi padre el divino Claudio los espulsó de Roma; ellos han vuelto, sin saber cómo, mas decididos que antes á elaborar nuestra pérdida, y mas resueltos á consumarla. El espantoso acto que acaban de cometer es consecuencia natural de sus doctrinas impías y de sus pasiones homicidas. Déjeseles impunes, usése con ellos de indulgencia y vereis como mañana reanudan para llevarla á término la obra de devastacion para la que se comprometen mutuamente con exacrables juramentos. Es preciso, pues, hacerles guerra de esterminio, y solo arrancándolo de raiz es como puede exterminarse este mal. Urge que en pocos dias se vea purgada la tierra de esta raza perversa. Por lo tanto yo he dictado severísimas órdenes para que cuantos se adhieran á la secta cristiana sean buscados con minucioso ahinco y entregados á los últimos suplicios, así en Roma como en todas las regiones del imperio inficionadas por el veneno de tamañas doctrinas.»

No se necesitaba tan osada iniciativa para desencadenar la sangrienta tempestad que descargó sobre la naciente Iglesia. Las crueles ejecuciones que siguieron á este edicto, que justificaba todos los atropellos realizados antes contra los cristianos, revistieron un carácter de fiesta; fueron una especie de diversion pública de nuevo carácter. El horripilante espectáculo que Roma presenció no lo habian disfrutado todavía los siglos.

Neron se apropió al firmar aquel documento las bárbaras sentencias de Poncio Pilatos contra JESUCRISTO y las inhumanas ejecuciones de la Sinagoga contra Estéban y los dos Santos y las víctimas que con estos fueron inmoladas. El deicidio de Jerusalem pasó á ser por aquel acto una obra romana. El Capitolio adoptó el cadalso del Calvario; el Senado recibió la mancha del Sanhedrin. El grito de *tolle* lanzado por el populacho de Jerusalem fue repetido por el populacho de Roma; la responsabilidad de la sangre del Príncipe de los justos y la de los justos todos cayó sobre el pueblo conquistador. Neron mandó crucificar la Iglesia, como Poncio Pilatos mandó crucificar á JESÚS.

No repitiremos las descripciones de Tácito y de Suetonio sobre los espectáculos de aquellas jornadas tristísimas. Descorazónase el ánimo mas impávido al figurarse los preparativos de aquellas fiestas de muerte, inventadas y combinadas por un genio infernal. Las largas

avenidas y anchurosos paseos que cruzaban los jardines del monte Vaticano, aparecieron adornados con maderos cubiertos de hermosas telas; en cada madero, sobre un pedestal de leña seca, se veía atado un cristiano, embreados los vestidos. Veíanse allí víctimas de todos sexos y edades; ancianos de barba encanecida, doncellas de rubicunda y sedosa cabellera, unos y otros ceñida la frente de coronas y guirnaldas de azufre y resina, dibujadas por el mismo Emperador.

Una hora antes de la iluminación con antorchas humanas, los cielos contemplaban centenares de justos dirigiendo á ellos los ojos humedecidos; plegarias tiernas de almas desconfiadas de sí mismas, mas temerosas de que les faltara la firmeza de la fe, que de ver rota la esclavitud corporal. Unos tenían valor para modular un canto de acción de gracias á Dios, que les había elegido para tan solemne confesión; otros estupefactos no atinaban á comprender la posibilidad de tanta malicia en el corazón de un soberano, como el que tales escenas daba al mundo; no faltaban quienes acobardados á la idea de los sufrimientos próximos revelaban un verdadero abatimiento; otros tendían, en la manera que les era dado, sus manos suplicantes á los transuentes, implorando una piedad imposible. Ni uno solo ofrecía ademán de apostasía, el único recurso salvador en aquellos instantes críticos.

El pueblo romano se trasladó en masa á aquellos jardines; parte para presenciar la grande expiación del incendio; parte para ver sufrir gente tan indigna de misericordia.

Neron se presentó antes de anochecer para asegurarse de la exactitud en el cumplimiento de sus artísticas disposiciones. Disfrazado de cochero revistó detalladamente la combinación de aquellas teas vivientes, entablando con el pueblo repugnantes diálogos y encareciendo la esplendidez de la diversion nocturna. No le faltaron aplausos dedicados á la fecundidad de su imaginación y al exquisito gusto que le era inseparable.

Anochecido ya, Neron, colocado de pié en su carroza en un punto dominante, dió la señal de iluminar. En un abrir y cerrar los ojos varias antorchas aplicadas á los pedestales de los centenares de víctimas empezaron á arder. Las llamas comunicándose á los vestidos embreados envolvieron con un río ascendiente de fuego aquellos cuerpos venerables. Tantas pirámides de luz, sembradas por el olímpico parque, ofrecían realmente una perspectiva asombrosa. Mas los gritos de agonía, los lamentos de los ancianos acompañados de los chillidos de los jóvenes; el llanto de los niños y las plegarias piadosas de las mujeres, conmovieron las entrañas de la cruel muchedumbre. Neron esperó en vano un aplauso universal. Aquello superaba la ferocidad del circo. El murmullo sordo de la multitud pudo haber hecho comprender á Neron la repugnancia del pueblo ante la despótica adulación con que pretendía obtener sus simpatías.

Poco duró aquel festín, porque la vehemencia de las llamas consumió en breves minutos el combustible humano. Una hora después no quedaban mas que simétricos montones de parduzca ceniza; venerables restos de una sociedad modelo sacrificada por el vicio imperante.

La historia no consigna los nombres de los inmolados; empero pocos años después Juan, al abrir el quinto sello del libro de los misterios, vió en el cielo sus almas «almas de los que fueron muertos por la palabra de Dios y por ratificar su testimonio, que clamaban á grandes voces, diciendo: Hasta cuando, Señor santo y veraz, no haces justicia, y no vengas nuestra sangre contra los que habitan en la tierra.» Y vió que se les daba «luego á cada uno de ellos un ropaje blanco, y se les dijo que descansasen, ó aguardasen en paz un poco de tiempo en tanto que se cumplía el número de los consiervos y hermanos que habían de ser martirizados también como ellos (1).»

Neron no obtuvo el fin político que se propuso con aquella magistral barbaridad. El sacrificio de los cristianos escitó vivas simpatías á favor de ellos. Muchos idólatras se resolvieron á enterarse de los principios de una escuela que infundía tanta seguridad de una recompensa imperecedera; algunos creyeron, adhiriéndose á una Iglesia cuyos dogmas eran tan

(1) Apocalip., vi.

superiores á las confusas teorías del gentilismo; otros suspendieron el juicio, trasformándose de adversarios intransigentes en espectativos admiradores. Hubo hombres bastante independientes para defender el derecho y la moralidad de la *secta*.

Los cristianos, imposibilitados de celebrar sus asambleas á la luz del dia, buscaron en las entrañas de la tierra espaciosos antros donde erigir altares. El altar era para ellos su necesidad primera. Como los cuerpos necesitan la influencia del sol, los espíritus cristianos necesitan de la sombra del altar. Descendieron, pues, á las entrañas de la tierra, al sepulcro, como CRISTO, ciertos que un dia saldrian de allí, resucitados á la vida social; porque allí, como CRISTO, bajaron envueltos con el blanco sudario de la inocencia.

Mas no estaban todavía allí seguros; porque necesitaban abandonar de vez en cuando las subterráneas mansiones para respirar, para conseguir los elementos indispensables á la vida. Algunos abandonaban el sombrío asilo por la noche para dar un desahogo necesario á sus hijos. A la luz de las estrellas contemplaban la ingrata y bárbara Roma bañada del resplandor de sus orgías, celebradas bajo la égida del mas bárbaro soberano; otros, audaces, se aventuraban á dirigirse á sus casas para procurarse objetos que les eran indispensables; otros se dirigian en la oscuridad á lugares lejanos donde encontrar una seguridad que les negaba Roma, el grande hospicio de todas las maldades y de todas las extravagancias.

Cada noche algunos de los que abandonaban las Catacumbas por pocas horas no regresaban, porque el ojo vigilante de la policía neroniana se fijaba en ellos, y descargando sobre ellos una mano de hierro les cautivaba.

Así todo era en las Catacumbas ansiedad, desolacion y llanto, bien que el consuelo de poder elevar á Dios la plegaria y el sacrificio compensaba el martirio continuo de aquel modo de existir. El espíritu de fraternidad se ostentaba allí en todo su esplendor, trascendiendo á cuanto puede concebir la imaginacion mas feliz.

La miseria de las Catacumbas hubiera acabado por extenuacion con aquellos heróicos soldados de CRISTO, á no ser la generosidad de algunos ricos paganos, compadecidos de la suerte de aquel puñado de indefensos perseguidos. Por fortuna el exceso de barbarie desplegado por Neron les conquistó protectores secretos entre los que se cuentan Agrícola y Labeon, que desempeñaban cargos importantes en el imperio y Cineas, Petus, Traseas, contando algunos entre ellos al mismo Séneca.

Á los que caian en poder de los neronianos les aguardaban tormentos no menos repugnantes que á los que sirvieron de antorchas en los jardines del Vaticano. Muchos de ellos fueron vestidos con pieles de fieras y entregados á la voracidad de los perros de caza del Emperador.

Apenas se encuentra una explicacion algo satisfactoria de tanto enojo concentrado contra una sociedad que no era temible por el número ni por la influencia de sus adictos.

Si Neron hubiera sido un hombre religioso dentro del gentilismo, podríase atribuir á fanatismo de secta su inusitado rigor; pero léjos de esto, el hijo de Agrippina era todo un escéptico. Además las disidencias religiosas eran familiares á los romanos. No se inquietaba el poder ante las diversas escuelas que fundaban en Roma los filósofos y sectarios procedentes de todos los puntos conquistados. Durante dos años, uno de los mas caracterizados Apóstoles del Cristianismo, aunque prisionero, habia públicamente enseñado las teorías mesiánicas. Á vista de la autoridad Pablo habia convocado á su casa gentiles y judíos y les habia predicado á CRISTO perseguido, muerto y resucitado. Gallion, Lisiás y Festus habian enterado oficialmente al consejo imperial sobre las aspiraciones de la disidencia jerosolimitana, y los agentes del imperio no manifestaron alarma. Además, si el grupo cristiano era peligroso por sus doctrinas religiosas, mas habia de serlo el grupo judío, mas numeroso, mas influyente, mas decidido si cabe, porque tenia todo un reino en que apoyarse y tradiciones mas arraigadas que oponer á la idolatría. Sin embargo, el judaismo, no escitó la animadversion del trono.

La cuestion religiosa probablemente fue ajena en su origen á la bárbara determinacion:

es regular, que, como observa un historiador, fuese la cuestion de carácter de los cristianos lo que decidió á concitar sobre ellos la venganza.

Veíase en los cristianos una especie de raza de hombres bizarros distintos de los demás, que no participaban de los gustos, de las aficiones, ni de los placeres comunes, que se retraían del trato de una sociedad ulcerada, que se reunían secretamente y como en familia para realizar sus ceremonias y sacrificios que nadie conocía. Esta reserva necesaria atendido la índole de los misterios que formaban la base de sus creencias, excitaba la imaginación del vulgo y era tema, ó mejor, servía de pábulo á fantasmagóricas suposiciones. La curiosidad pública buscaba en el rito secreto, escenas antisociales, conjuraciones peligrosas, reprobables inmoralidades, un conjunto de circunstancias que volvían odiosa la llamada secta, hasta el punto de marcar con nota de infamia todo nombre que á ella se adhiriera. Aquellas reseñas de crímenes imaginarios, aceptados mas ávidamente cuanto mas monstruosos, valían la execración pública, y les señalaba naturalmente como presa segura de una policía sedienta de víctimas.

La facilidad de echarse sobre la Iglesia naciente, la seguridad de que el pueblo no se opondría á su inmolation fueron los móviles que determinaron la horrenda hecatombe que llenó de sangre y de gloria el majestuoso camino por el Cristianismo emprendido.

El edicto de Neron produjo funestos efectos en muchas provincias, especialmente en las enclavadas en Asia. Los prefectos imperiales juzgaban atraerse la benevolencia del César imitando su conducta en la capital. La predicación cristiana tuvo á su frente la oposición directa y formidable de los agentes del poder absoluto, ilimitado. Toda la Iglesia se sintió herida por la pérdida de las primicias de sus confesores. La nave de Pedro hizo la primera prueba de su solidez en la tempestad de sangre contra ella suscitada; bien que al través del universal llanto se veía la mano del Todopoderoso estendida sobre la bandera combatiente como segura garantía de salvación y de triunfo.

XXV.

Consecuencias de la persecucion neroniana.

El lamentable hecho ó serie de acontecimientos que acabamos de relatar tuvo consecuencias consoladoras, previstas por el divino Espíritu, que encaminaba la Iglesia hácia la consecucion de sus gloriosos destinos.

La primera y quizá la mas importante de ellas fue estrechar la santa union de los cristianos. La tolerancia y condescendencia del paganismo con las sectas judáicas, contrastando con la severidad proclamada y ejercida para con los hijos de la Iglesia, ahondaron á la vista de los mas miopes, la real y esencial separacion de ambos campos. Los perseguidos lo eran por el nombre de CRISTO, y en virtud de las doctrinas mesiánicas que profesaban, esto es, habida consideracion de las divergencias fundamentales con los discípulos persistentes de la Sinagoga. La especie de amalgama peligrosa, causa de los primitivos disgustos de la Iglesia, descompúsose al influjo del reactivo de la persecucion, ¡química moral tan á tiempo permitida por la Providencia!

Simultánea é idénticamente perseguidos cristianos judaizantes y cristianos incircuncisos aunáronse, como era natural, los intereses y las aspiraciones. La participacion de las amarguras de la Cruz hizo olvidar la diversidad de otros gustos y de otros respetos. Creábase una tradicion comun á medida que surgían comunes escenas; la comunidad del dolor fomentaba la comunidad de gloria. El abismo entre ambas religiones se ahondaba cada dia, y como dice un filósofo de la historia: «Aquella comunidad de peligros afrontados y de pruebas sufridas hizo

mas que los mas bellos discursos y los mas elocuentes escritos para la union de las almas.»

En efecto, todos, judaizantes y no judaizantes tuvieron una circuncision comun, circuncision de sangre, la circuncision del martirio.

¡Por tan violento é irregular medio valióse Dios de Neron para cimentar la union de los confesores de la fe y facilitar la espléndida propaganda del Evangelio.

La otra consecuencia fue el retraimiento que aquel acto bárbaro del Emperador produjo en las personas mas caracterizadas por cierto valor moral. La cínica inhumanidad de las ejecuciones repugnó á todo corazon que conservara un resto, solo un resto de honradez. Los romanos probos empezaron á avergonzarse de ser gobernados por la personificacion de todas las pasiones indignas capaces de hervir en una alma degradada, y á sentir un anhelo de libertad y de dignidad que solo podia proporcionarles la emancipacion de aquella tiranía.

Por aquellos dias retiróse del íntimo consejo imperial el filósofo Séneca, cuya probidad relativa en aquella aglomeracion de personajes insensatos le daba cierto prestigio. Probidad relativa, decimos, pues depuradas en el crisol de la crítica cristiana las máximas de Séneca distan mucho de contener los principios de una moral sólida.

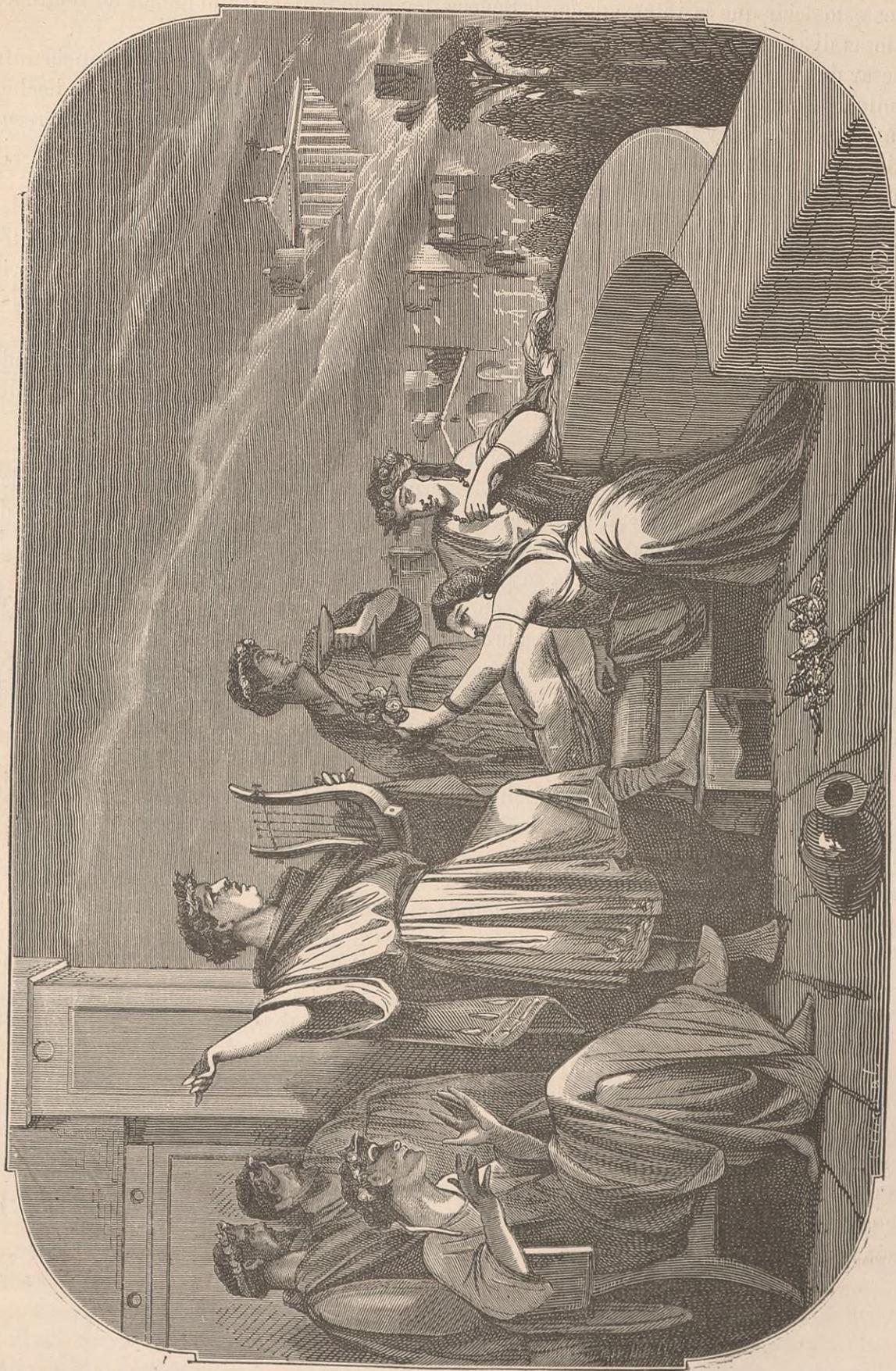
Reconocemos que en sus escritos se encuentran algunas máximas severas, algunos consejos sanos, algunas consideraciones aceptables, pero en ninguna de ellas descuella el espíritu de rectitud y de justicia, la elevacion de miras y la superioridad de origen que son indispensables á la legislacion autorizada de las costumbres. Natural de Córdoba en España, fue discípulo de Socion Alejandrino y de Phatin, que gozaban distinguido predicamento entre los filósofos estóicos. Inauguróse brillantemente en el foro, en cuya tribuna adquirió la primera auréola de celebridad. La animadversion de Calígula hácia todo talento descollante le obligó á retraerse de los combates de la palabra, librándose con el silencio voluntario de la rivalidad del déspota César. Relegado no obstante á la isla de Córcega, á causa de su cortesanía á la viuda de su protector Domitius, escribió desde su forzoso retiro alguno de sus tratados, cuya propagacion acrecentó la gloria de su nombre en el círculo de los letrados. La fama extendida del ilustre proscrito llamó la atencion de Agrippina, despues de sus desposorios con el emperador Claudio, quien le llamó del destierro para confiarle la educacion intelectual y moral de su hijo Neron, como hemos visto antes. La sombra del respetable Séneca contuvo por algunos tiempos las pasiones de su fogoso discípulo, y los cinco primeros años de su reinado lo fueron de grandes esperanzas para sus súbditos, hasta al punto de haber escrito Tácito que «pocos príncipes pueden gloriarse de haber debutado mejor que Neron.»

El estoicismo, que era el sistema filosófico que inspiraba á Séneca el criterio, distaba de ser el valor cristiano, fundado en la resignacion y conformidad con los designios de la Providencia y en el gustoso sacrificio individual en aras del bien comun. Era nada mas que el desden altivo á las vicisitudes de la naturaleza y la inflexibilidad insensata ante sentencias supremas que humillan al hombre por expiacion. Estóico equivalia y equivale á Adán, que, en vez de llorar su tropiezo y horrorizarse ante la tumba, exclamara: «Me es indiferente ser arrojado al sepulcro ó ser encumbrado al trono de los cielos; ¡Dios! yo desprecio tu anatema.»

La moral de Séneca no pasa de ser una moral independiente; fáltale á su organismo el espíritu de Dios; es un organismo completamente muerto.

Séneca no ajustaba su conducta ni siquiera á los principios de la moral fraguada por su buen sentido. El apologista de la sencillez de vida y de la modestia del trato, vivia en un palacio rodeado de jardines y enriquecido con preciosidades artísticas de fabuloso valor. Lamentábase de la vanidad mundana en salones donde se ostentaban raros vasos etruscos, clásicas pinturas de la escuela griega, excelentes tapices asiáticos. Celebraba los encantos del retiro y de la soledad teniendo muchedumbre de esclavos. Una estatua de mármol, representacion de su persona, erigida en el vestíbulo de su alcázar, era el elocuente y compendiado mentís á las lecciones de abnegacion y renuncia á las pasajeras pompas que iban á recibir los discípulos de aquella escuela.

A esta perserverante contradicción entre los principios y los actos del filósofo consejero débese el que apologiase el asesinato y el parricidio y el que cubriese con su égida los des-



CRUELDAD DE NERON ANTE EL INCENDIO DE ROMA.

bauches y dilapidaciones del Príncipe. Séneca debía retirarse de palacio en el momento en que vió prevalecer la moral, ó mejor la inmoralidad epicúrea. Mas, epicúreo práctico, el es-

tórico doctrinal encontraba sin duda medio de tranquilizar su conciencia menos rígida que su razón. Vestía de gloria la virtud para que otros se enamoraran de ella.

No es esto decir que la intervencion de Séneca dejara de evitar, ó á lo menos de retardar, escandalosas disipaciones en el imperio.

Á pesar de su carácter acomodaticio, el filósofo ministro sintió profunda repugnancia ante el incendio de Roma y la cruel expiacion en las personas de los cristianos. Estos dos hechos unidos á las exacciones y depredaciones que Neron hubo de decretar para cubrir el presupuesto de sus perpétuos festines y espléndidas bacanales, le decidieron á separarse del consejo imperial.

En efecto, los templos idolátricos fueron saqueados, las estatuas de metales preciosos, los objetos ofrecidos por la piedad de los antepasados, secuestrados por el fisco; los monumentos de Roma, de la Acaya, del Asia despojados de sus valiosos ornamentos. La nave del imperio bogaba en un lago de sangre y de oro reunido por el asesinato y el pillaje en grande escala. La vida y las fortunas del pueblo eran patrimonio exclusivo del Emperador.

Séneca encontró la frontera de sus condescendencias y retrocedió. Aquel retiro, solicitado del Emperador y negado primero, aunque despues concedido, atendiendo los motivos de falta de salud alegados, fue el preámbulo de su sentencia de muerte.

De lo espuesto hasta aquí se deduce que Neron perdió gran parte de su popularidad á causa de las enormes injusticias y nefandos crímenes perpetrados para asegurársela y estenderla; que sus gestiones para sepultar el Cristianismo dieron por resultado estrechar el vínculo de union de los diversos elementos que formaban la cristiandad, y por lo tanto, robustecieron la fuerza de resistencia en la Iglesia, que se pretendia debilitar.

El protectorado de Dios se hizo visible sobre los elegidos. Las ventajas morales empezaron á verse manifiestas en el apostolado sobre el imperio.

La persecucion de los cristianos en Roma equivalia á la predicacion solemne del Evangelio á las puertas mismas del Capitolio. El mundo entero quedó advertido de la aparicion de una doctrina, de una moral, de una Iglesia salvadoras.

En este punto las esperanzas de Pedro y Pablo se hallaban realizadas con esceso.

Renan ha apreciado las consecuencias de la crueldad de Neron sobre los destinos del Cristianismo en los términos que vamos á transcribir, cuya importancia viene aquilatada por la desafeccion de su autor á la causa de la Iglesia. «La orgía de Neron, dice, fue el gran bautismo de sangre que designó á Roma como la ciudad de los mártires, para jugar un papel aparte en la historia del Cristianismo, y hacerla la segunda ciudad santa. Equivalió aquello á la toma de posesion de la colina Vaticana por unos triunfadores de desconocido género. El atolondrado odioso que gobernaba el mundo no se apercibió que era el fundador de un nuevo orden de cosas, y que firmaba para el porvenir una letra, escrita con hiel, cuyos efectos habian de ser revindicados hasta diez y ocho siglos mas adelante. Roma, hecha responsable de toda la sangre derramada, vino á ser como Babilonia una especie de ciudad sacramental y simbólica. De todos modos, Neron tomó un puesto de primer orden en la historia del Cristianismo. Aquel milagro de horror, aquel prodigio de perversidad fue para todos un signo evidente. Ciento cincuenta años despues Tertuliano exclamaba: «¡Sí, nos sentimos orgullosos recordando que fuimos declarados fuera de la ley por semejante hombre! Cuando se ha profundizado bien el caso se comprende que lo que Neron condenó no pudo ser sino el bien, y un gran bien (1).»

(1) Renan, *L'Antechrist*.

XXVI.

Conspiracion y venganza.

Determinó el cielo quitar la paz del ánimo del gran perseguidor desde la consumacion de sus característicos crímenes.

No detallaremos las vicisitudes por que pasó la conjuracion de algunos notables tramada artísticamente contra la vida del Emperador. El núcleo de ella formáronle hombres conocidos é influyentes como Cneius Calpurnius Pison, jóven arrogante, audaz, elocuente y erudito; Subrius Flavius, tribuno de una cohorte pretoriana; el centurion Sulpicius Asper; Plantius Lateranus, designado cónsul; el poeta Annæus Lucain; Flavius Scevinus; Afranius Quinctianus; Senecion, familiar del César; Natalis, confidente de Pison; Fenius Rufus, uno de los prefectos del pretorio. Jamás hubo conjuracion que representara mas fielmente las aspiraciones de la opinion pública.

Sin embargo, la venalidad de algunos conjurados descubrió el plan y abrió una era de nueva y cruelísima venganza. Los empresarios de la emancipacion de Roma tenian estensas ramificaciones en las principales familias, y por lo tanto, fue considerable el número de víctimas sacrificadas por el tirano. Entre ellas cuéntase Séneca, que recibió la orden de morir. El filósofo murió como un verdadero estóico. Abiertas ya sus venas y manando con dificultad de ellas la sangre á causa de su ancianidad, habló con elogio de la sabiduría y prudencia de sus escritos; de las largas y continuas meditaciones en las que habia pasado sumido la vida; del ejemplo de las virtudes que legaba al mundo. «No te dejes arrastrar por un dolor eterno, dijo á su esposa al abrazarla por última vez; la contemplacion de mi vida pasada en el seno de la virtud debe consolarte de la pérdida de un esposo.» Lento fue su desangre; para morir mas presto tomó primero una dosis de veneno ineficaz, luego hizo preparar un baño tibio para precipitar el desfallecimiento. Al sentirse cercano al último sueño, tomó en la palma de su mano un poquito de agua mezclada con su sangre, y esparciéndola sobre los circunstantes, exclamó: «Hagamos una libacion á Júpiter Liberator.» Esta última frase, citada por Tácito, demuestra que Séneca murió pagano, desvaneciendo la opinion de los que creen que abrazó el Cristianismo.

Con que Neron se halló libre de la sombra de los dos mas respetables varones que sin duda le hubieran conducido por el camino de la virtud y de la gloria, á haberse prestado á secundar los consejos nobles y levantados su corazon inclinado al placer sin freno y al orgullo sin ley, y sobre todo á haber sido menos infecta de toda clase de concupiscencia la atmósfera social que en aquellos dias se respiraba. Burrhus y Séneca no existian.

Sorprende á todo observador atento el contraste que se nota entre el orgullo de los romanos, sus teorías de dignidad, la especie de régia soberanía con que se glorificaba la ciudadanía, y el bajo servilismo con que los mas encumbrados patricios obedecian y ejecutaban por sí mismos la voluntad del Emperador, que les intimaba la muerte. Allí no habia verdugo para los grandes; para la muchedumbre de patricios el verdugo era su propio cirujano. ¡Sábida permisión de la Providencia, rectora de los hombres y de los siglos, que así humillaba aquella soberbia raza, haciendo tangible la miseria inherente á la mas espléndida gloria humana!

Así murieron Subrius Flavius que, interrogado por Neron sobre la causa que le habia resuelto á atentar contra su vida, contestó: «Ninguno de tus soldados te fue mas fiel mientras mereciste mi estimacion y respeto; solo empecé á odiarte cuando te convertiste en asesino de tu madre y de tu esposa, en cochero, histrion é incendiario.» Flavius fue sacrificado inmediatamente. Sulpicius Asper, Senecion, Scevinus Quinctanus sucumbieron casi á la misma hora.

El poeta Lucano se abrió las venas recitando un pasaje de la *Pharsalia*. Vestinus se dió la muerte á la primera noticia que tuvo de que Neron deseaba se la diera; Granius Silvanus se la dió sin ni siquiera esperar la órden imperial.

Hasta las mujeres eran víctimas de la crueldad de aquel soberano. Epicharis, dama romana distinguidísima, poseedora del secreto de la conspiracion, sufrió los horrores de la tortura sin revelar una palabra referente al complot, y se abrió á sí misma las venas antes de recibir la sentencia de muerte.

Al través de la abyeccion de los romanos aparecia en estos ejemplos, por otra parte deplorables, un resto de la antigua virilidad de aquella raza.

Mientras la ciudad se llenaba de luto por la muerte de sus mas ilustres hijos, el Capitolio celebraba festivo el triunfo de su amo. Los parientes de las víctimas se apresuraban á manifestarse regocijados tomando parte activa en los festejos promovidos con motivo del descubrimiento de la conspiracion. El Senado escuchó el discurso que le dirigió Neron, declarándoles haberse salvado por la benevolencia de los dioses. Los aplausos de los *padres de la patria*, dados al que habia manchado tan negramente la historia de *su hija*, fueron el mas elocuente certificado de la abyeccion de aquel cuerpo, antes respetable. El Senado decretó ofrendas y acciones de gracias á los dioses, especialmente al Sol, cuyo templo antiguo estaba próximo al Circo, donde Neron debia ser asesinado, y que *habia iluminado con sus resplandores los tenebrosos secretos de los conjurados*; decretó aumentar el número de carros que figuraban en las fiestas de Ceres; dar al mes de abril el nombre de Neron; elevar un nuevo templo á la *Salud*, y el senador Anicius Cerialis llegó á proponer que se erigiera á costa de la república un templo al *dios Neron*. Poco tiempo despues el *dios Neron* pagó la baja cortesanía de este senador indigno enviándole una órden de muerte.

Semejantes adulaciones complacian al vanidoso déspota que aspiraba tambien á sustituir el nombre de Roma, justo recuerdo de Rómulo fundador, por el de *Neroniana*, á la ciudad que habia incendiado.

Mas tarde á causa de nuevas sospechas fue sacrificado Caius, Cassius Longinus, el jurisconsulto mas distinguido de su época, y Lucius Silanus, degollado en Ostia. Familias enteras, como la de Antistus Vetus, Antistia y Sextia sufrieron los rigores de la persecucion imperial. Neron se negó á oír la defensa del probo jefe de aquella casa respetable, cuyo único crimen consistia en estar en parentesco con Rubellius Plantius, resistiéndose á los tiernos lamentos de una hija que, postrada á sus piés, le pedia únicamente se dignara oír á su padre. Este y sus hijas se hicieron abrir las venas simultáneamente antes que se expidiera el decreto de muerte contra ellos; decreto que fue expedido cuando los condenados se habian ejecutado á sí propios.

El año 66 se inauguró por el suplicio de Publius Anteius y Ostorius Scapula, aquel antiguo protegido de Agrippina.

Neron calculaba que los amigos y parientes de las víctimas no podian serle adictos de corazon, y así acontecia que los sacrificados de hoy preparaban y preludiaban nuevos sacrificios para mañana. La muerte de Séneca, por ejemplo, determinó la de Annæus Mella, su hermano. Neron envió ejecutores de muerte á Rufius Crispinus, primer marido de su esposa Poppæa, con órden de ahogar en un rio á un hijo de aquel primer matrimonio de su esposa, temeroso sin duda de una futura venganza.

El poeta Petronio, acusado por Tigelino, preveyó la suerte que le esperaba, y anticipándose como tantos otros al decreto imperial, se dió voluntaria muerte; pero antes quiso vengarse escribiendo el *Satyricon*, folleto escandaloso, en el que se pintaban al vivo los cuadros mas caracterizados de la sociedad palaciega. Pudo pintarlos con tanta mayor maestría, en cuanto personalmente habia figurado en muchas de las bacanales que describe.

En fin, para terminar este catálogo de inmolaciones injustas citaremos la impuesta á Pætus Thræseas, tipo de probidad inmensamente superior á Séneca, el hombre mas sensato y hon-

rado de los romanos, del cual el mismo Neron dijo á un delator: «¡Pluguiera á los dioses que Thraseas estuviese tan adicto á mi persona como lo está á la equidad!» Thraseas era una protesta viva contra las inmoralidades entonces vigentes, el que tenia valor bastante para negar su voto en el Senado á la sancion de los enormes crímenes del Emperador y á las adulaciones exageradas con que se aplaudian sus execrands vicios. El Senado tuvo la debilidad de procesar y condenar á su virtuoso colega.

Acusábase á Thraseas de despreciar el culto y las leyes de la república, de no interesarse por la conservacion del Príncipe y de su familia, de regocijarse por las desgracias de la casa imperial. «En las provincias y en las legiones, decia á Neron Cossutianus, se leen con curiosidad los boletines del pueblo romano para enterarse de lo que ha dejado de hacer Thraseas. Si las opiniones de este son preferibles, adoptémoslas; si no, quitemos á los partidarios de la revolucion su jefe y su apoyo. La secta estóica ha dado á Tuberon y á Favonius nombres fatales para la república. Sus adeptos halagan la libertad para derribar el imperio. Dejad que triunfen y les vereis combatir con igual violencia la libertad. ¡En vano, pues, oh César, alejastes á Cassius si dejas que se engrandezcan y fortifiquen los émulos de Brutus! No te pido que escribas tú contra Thraseas, solo que me permitas procesarle ante el Senado.»

Neron accedió. Thraseas escribió á Neron suplicándole una entrevista para justificarse. Pero nada odiaba tanto Neron como las justificaciones evidentes. La tiranía es siempre la oposicion apasionada al derecho.

El Senado, reunido en el templo de Vénus genitrix, celebró contra Thraseas una de las mas vertiginosas sesiones que registran los anales de aquel cuerpo. En el período mas álgido de la discusion «apareció, dice Tácito, ante el tribunal consular un viejo venerable por una parte y por otra su hija, que apenas contaba veinte años. El viejo era Careas Soranus, acusado de ser amigo de Thraseas; la hija se llamaba Servilia, acusada de haber dado dinero á los magos para obtener con sortilegios la muerte del Emperador. La hija, viuda de Annius Pollion, desterrado, no se atrevia á fijar sus miradas en su padre, temerosa de agravar su situacion. Habiéndola pedido el acusador si habia vendido sus ornamentos nupciales y su rico collar para obtener el dinero necesario para los sacrificios mágicos, ella se prosternó el rostro pegado al suelo, permaneciendo largo rato en silencio, casi ahogada por sus sollozos. Despues, levantando su frente bañada de lágrimas, y abrazando el altar de la diosa: «Yo, dijo, no invoqué en estas fatales plegarias ningun dios, cuyo culto sea impío, yo no he practicado ninguna ceremonia criminal; yo no he pedido otra cosa sino que César y vosotros me conserveis á mi padre. Para conseguirlo, sí, yo he dado mis pedrerías, mis vestidos, mis galas, y si me las hubieran pedido, diera igualmente mi vida y mi sangre. Los hombres á quienes me dirigí, me eran antes desconocidos; á ellos incumbe explicar el arte que profesan. En cuanto al nombre del Príncipe, yo no lo he pronunciado sino entre los de las divinidades. Mas si lo que yo he hecho es un crimen, mi padre es inocente, porque yo lo cometí ignorándolo él.»

Thraseas, Soranus y Servilia, su heroica hija, obtuvieron la *gracia* de escoger el género de muerte que bien les pareciere.

Neron sentia, no obstante, la pesadumbre de su cargadísima conciencia, y acudió por necesidad de su comprimido espíritu al refinamiento de los placeres de la vida. Á este período corresponde su aparicion en el teatro público, los concursos literarios y artísticos por él sostenidos hasta con esclavos, las festivas en que tañia su lira y cantaba solo ó acompañado de los comediantes mas abyectos; en fin, la continua orgía.

Como un dia su esposa Poppæa le echara en cara el olvido á que la tenia relegada por atender á sus placeres, Neron le dió un violento puntapié en el seno, de cuyas resultas no tardó á morir. Pronto enjugó el llanto de su viudedad suplicando la mano de Antonia, hermana de Octavio y de Britanicus; y como se la rehusara por dignidad, decretó su muerte. Statilia Messalina, viuda de Vestinus Atticus, que él mismo habia hecho morir tambien, menos delicada que Antonia, consintió á ser la esposa del verdugo de su primer marido.

Cuanto rodeaba á Neron, cuanto se le adhería llevaba impreso el sello de alguna infamia ó de alguna repugnante bajeza. El contacto de su aliento inficionaba la atmósfera, volviéndola irrespirable á toda virtud.

XXVII.

Tiridato, Simon Mago y Pedro en Roma.

Á consecuencia de los hechos de armas, ora favorables, ora adversos, realizados por las armas de la república, Corbulon, el mas ilustre de los generales de César, derrotó el ejército parto del príncipe Tiridato, que, cautivo del águila imperial, va al campo de los romanos, y arrancándose la corona de las sienes la arroja á los piés de la estatua de Neron. Acontecía esto en el año 63 de nuestra era. La conducta del Príncipe vencido le captó las simpatías de los vencedores, y de tal manera se combinaron los asuntos políticos, que llegó á convenirse un viaje del Príncipe destronado á Roma, donde obtendría del Emperador la reposición en el trono armenio.

Corría el año 66, en plena orgía imperial, cuando aportó á Italia Tiridato, recibido por el César en Nápoles con un esplendor indescriptible y acompañado luego á Roma. El dia en que el rey de Armenia hizo su sumisión, los diputados de las tribus, vestidos con blancas túnicas, fueron distribuidos alrededor del Foro. Neron, cubierto con el manto de triunfador, estaba sentado en la silla curul, cerca de la tribuna. Tiridato, seguido de brillante cortejo, entró y se prosternó ante el César, y en medio de las aclamaciones atronadoras, declaróle *su señor* y *su dios*. A cuyas palabras Neron contestó: «Yo te constituyo rey de Armenia á fin de que sepa el universo mundo que solo á mí pertenece el dar y quitar coronas.»

«La ceremonia, dice Grevier, terminó con juegos de increíble magnificencia. El teatro en el que se verificaron y los contornos del edificio que lo contenía fueron cubiertos de oro. Brillaba el oro en todas las decoraciones y en cuanto servía para el espectáculo, por lo que aquel dia fue llamado el dia de oro (*dies aurea*). En el lienzo de púrpura que servía de techo Neron hizo bordar su propia figura dirigiendo un carro. Después de los juegos sirvióse soberbia comida, y para dar al Príncipe bárbaro una muestra de sus habilidades, Neron tocó varios instrumentos en el teatro y se presentó á recorrer el Circo vestido con casaca verde y gorra de cochero (1).»

Cuentan algunos historiadores un episodio de aquellas festivas que se relaciona con hechos sumamente interesantes al Cristianismo. Privaba en la corte imperial el hombre audaz y altivo de quien hemos debido antes ocuparnos; el sectario y mago que vimos levantando bandera de rivalidad frente á frente del apostolado, Simon de Giton. Maestro en sortilegios y juegos mágicos, Simon era el encanto del palacio del César, quien, al paso que no profesaba creencia alguna sólidamente basada, inclinaba deferente el oído á adivinaciones y supercherías indignas. Adversario pertinaz de los cristianos, Simon aprovechaba la sorpresa causada por sus juegos y combinaciones de su arte para desvirtuar los verdaderos prodigios obrados por los ministros de la palabra de Dios.

Escogió, pues, el infatuado rival de los Apóstoles el dia de oro para ostentar el poder y virtud de que se decía revestido, anunciando una sorprendente ascension por los aires.

Entristecían á los creyentes fieles de JESUCRISTO aquellas escenas que, si en el fondo nada probaban contra la genuina fe, porque solo eran artificiales portentos, embaucaban, sin embargo, á muchos incautos ignorantes é introducían la vacilacion en el campo de los que se sentían inclinados á profesar el Cristianismo.

(1) *Histoire des empereurs romains.*

Así, pues; á los cristianos que miraban con indiferencia lo relativo á las fiestas de la humillacion y de la coronacion del rey de Armenia, les traia cariacontecidos la parte del programa festival en que se anunciaba el milagro de Simon Mago. Pedian al cielo confundiera á aquel enemigo capital del nombre de CRISTO, dignándose disponer que fuera confundido en el acto en que intentaba ser glorificado.

Atendió la Providencia divina las santas plegarias de sus hijos, y en el acto en que en presencia de las dos cortes reunidas en el Circo empezó á remontarse, dió tan fatal y vergonzosa caida, que con ella quedó quebrantada y hecha añicos la falsa reputacion de santidad y de taumaturgia á que aspiraba.

El prestigio conseguido gracias á sus farsas cabalísticas habia valido al impostor, mientras aun vivia, la ereccion de una estatua en uno de los islotes del Tiber, leyéndose en su pedestal una inscripcion que decia: *A Simon, dios santo*. Aquel *dios santo*, derribado desde las alturas á que ascendiera por artificio, no pudiendo soportar la deshonra que manchó su frente, arrojóse desde la ventana de su habitacion, acabando sus dias con el suicidio.

La cristiandad atribuyó al valimiento de Pedro, que probablemente estaria á la sazón en Roma, aquel glorioso triunfo de JESUCRISTO. «Quizá, dice Mr. Poujoulat, confundido el Príncipe de los Apóstoles entre la muchedumbre mientras el mago se daba en espectáculo, repetiría para sí las palabras que en otra ocasion habia oido, proferidas por divinos labios: «He visto á Satanás caer del cielo como un rayo.»

Tiridato regresó á su país compadeciendo á los romanos que, á pesar de sus conquistas y poder, se veian dominados y degradados por tan singular soberano. Mas Neron pretendia reproducir los espectáculos de aquellos dias atrayendo á Roma á Vologeso, rey de los partos. Envióle ilustres embajadores al efecto, pero el príncipe parto, informado sin duda por el armenio, no se prestó á servir de juguete á los caprichos del César cochero. A instancias de los agentes imperiales, despues de evasivas respuestas que eran notorias excusas, contestó: «En fin, señores, al César le es mas fácil que á mí atravesar los mares; si tanto desea verme, venga él aquí y nos daremos cita para una conferencia.»

Neron recibió la notificacion de la respuesta con incomparable enojo. Concibió el proyecto de reunir un ejército y á su cabeza dirigirse al Oriente. Mas, pensándolo mejor, aceptó como invitacion galante el soberano desden de Vologeso, y fue cuando partió para la Grecia. Un año empleó en recorrer el país de la sabiduría y del arte antiguos, profanando aquella tierra clásica de sensatez con el espectáculo de sus risibles bufonadas y de sus puerilidades degradantes. Los juegos Ishmicos, los Pyhicos, los Neronianos, los Olympicos, celebráronse fuera de sus plazos señalados para facilitar en ellos la exhibicion del César romano. Como es de suponer, Augusto, bailarín, cantor, declamador consiguió todos los premios. En recompensa declaró la Grecia libre, sin que esta concesion generosa la librara del pillaje de los templos y de las cajas públicas y de la proscripcion de los hombres mas ricos, para hacerse con los recursos indispensables á sus inmensas é interminables dilapidaciones. Concibió allí la idea de cortar el istmo de Corinto, para la realizacion de cuyo proyecto reunió caudales y brazos, pero el pueblo griego calificó de sacrílego el plan, y amenazó levantarse en masa contra su ejecucion.

En Grecia encontró por do quier testimonios de la gloria militar de Corbulon, cuyas hazañas eran universalmente encomiadas. Título suficiente para merecer por recompensa un decreto de muerte. Neron, fingiéndose impresionado por los grandes hechos debidos á su espada, escribió á su general una carta en la que le apellidaba padre y salvador, suplicándole viniera á Corinto para recibir su abrazo. Corbulon se apresuró á satisfacer al César; mas apenas desembarcado un mensajero le comunicó la orden de morir. «Bien merecido lo tengo,» dijo Corbulon reprochándose los servicios prestados á tamaño mónstruo, y se partió el corazón con la espada que habia rendido los enemigos del imperio.

Durante su ausencia, Roma, gobernada por el liberto Helius, hombre de despóticos ins-

tintos, daba evidentes y repetidas muestras de no poder soportar tanto capricho y tanto delirio. A las comunicaciones que su lugarteniente le enviaba pintándole la urgencia de su regreso, Neron contestaba que su decoro artístico le impedía renunciar á las ovaciones que todavía le faltaban. Fue preciso que Helius fuese á Grecia y le convenciera de que á dilatar el regreso á Roma su corona estaba definitivamente perdida.

En efecto, la atmósfera del imperio se enturbiaba rápidamente. Además de los síntomas de insurreccion y desafecto que cada dia se manifestaban con mayor desembozo en la capital, los acontecimientos de Judea ofrecían creciente gravedad. El artista recibió con desden las primeras nuevas de la retirada de Cestius, mas cuando vió llegar los primeros fugitivos, cuando oyó de labios de los derrotados los desastres sufridos por las águilas romanas en Judea, en Idumea, en Galilea; cuando supo la agitacion de la Samaria, y la insurreccion triunfante de las ciudades de Tiberiades y de Tarichea, comprendió la importancia del movimiento. Los judíos diseminados por todas las regiones del imperio ¿intentarian propagar el incendio? El reino de los partos, aliado mas natural de los judíos que de los romanos ¿celebraria alianza con los enemigos de Roma? La misma preponderancia que la Siria venia ejerciendo contra los judíos, ¿no era el comienzo de una autonomía rival en Oriente?

Tales y tan graves consideraciones necesitáronse para determinar el regreso de Neron á Roma. Con profundo dolor dejó el teatro y renunció á los laureles de los artísticos concursos, y voló al Tiber.

XXVIII.

Últimos hechos y martirio de los apóstoles Pedro y Pablo.

Pablo, aprovechando la libertad obtenida, habia salido probablemente de Roma para visitar sus queridas iglesias y fomentar el Cristianismo que empezaba á florecer en España. Las miradas del Apóstol de los gentiles fijáronse desde los primeros años de su predicacion en nuestra Península, que por su fertilidad, riqueza y posicion fue país predilecto de los cartagineses y romanos. Religiosos por carácter los iberos, no conociendo al verdadero Dios, adoraban los falsos. Donde quiera se levantaban aras consagradas á las divinidades de los pueblos que sostenian con ellos relaciones de comercio, de industria ó de gobierno.

Pablo, cuya profunda mirada escudriñaba de un golpe el corazon y el valor de los pueblos, comprendió la cosecha que podia esperarse sacar de nuestros campos, tan á propósito para cultivar virtudes religiosas; y repetidas veces en sus cartas anunció su propósito de visitarnos. Ya habia venido Santiago el Mayor á echar los cimientos de la cristiandad, y hasta el cielo habia aplaudido la obra del celo del Apóstol de España con aquella misteriosa aparicion de la Virgen, aun viviendo en carne mortal. La columna sobre la que descansó la aparicion misteriosa expresaba simbólicamente el apoyo firmísimo que aquí obtendria siempre la Iglesia.

El viaje de Pablo á España debia completar el programa de la predicacion del Apóstol. Este viaje era el objetivo de sus mas ardientes deseos, porque tenia para él una importancia de primer orden. Realizándolo podia decir que la buena nueva habia sido anunciada hasta las extremidades del Occidente, y así el Evangelio fuera oido de sus labios de frontera á frontera del mundo entonces explorable.

El Canon dicho de Muratori, documento de la segunda mitad del siglo II, escrito en Roma, habla de aquel viaje como de un hecho generalmente admitido. En su epístola II á Timoteo él mismo afirma haber evangelizado todas las naciones.

Las dudas surgidas posteriormente se apoyan en el temor de que la admision de aquel viaje contradijera la idea del martirio de Pablo simultáneo en Roma con el de Pedro. Mas la gloria de la evangelizacion de España no excluye la de su martirio al lado del Príncipe de los Apóstoles.

ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES,

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ.

POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

LA PASION DEL REDENTOR.

por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

AÑO DE MARIA,

ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los dias del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Constará de seis tomos en 4.º ilustrados cuando menos con 60 láminas.—Cada tomo comprende dos meses.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 73 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.